

4200

FRANCISCO VILLAESPESA

ERA ÉL

Poema en un acto

LA PARTIDA DE AJEDREZ

Leyenda dramática en un acto

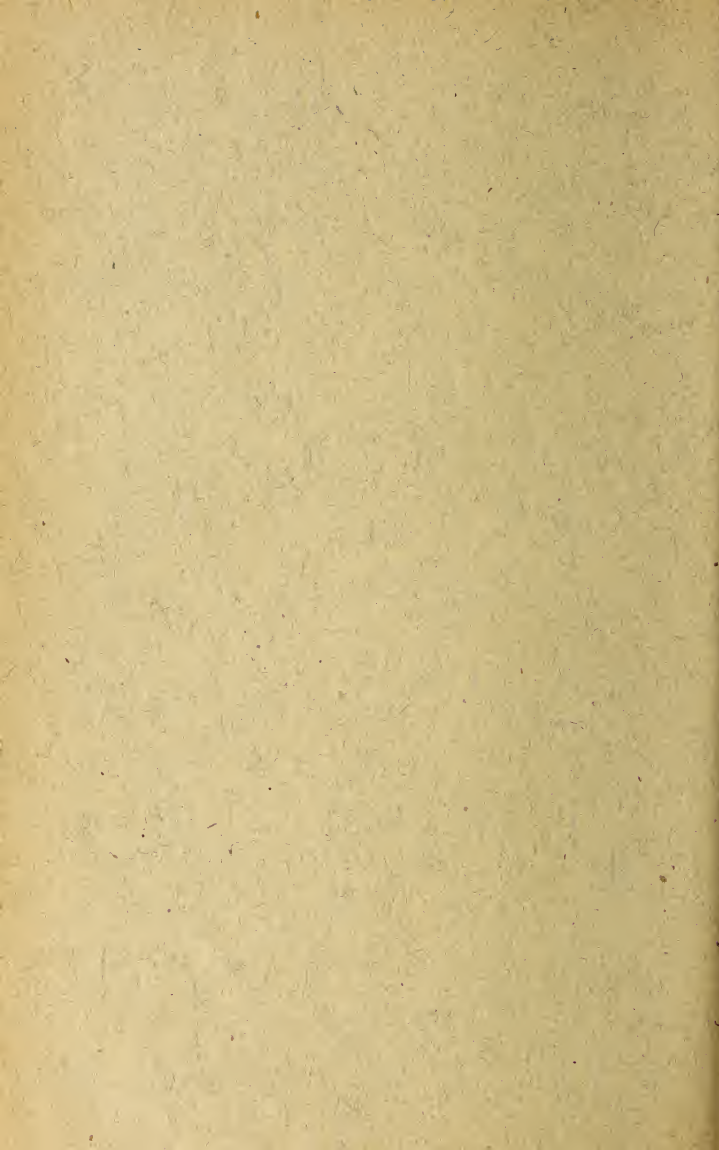


MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

//



ERA ÉL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

ERA ÉL

POEMA EN UN ACTO

POR

FRANCISCO VILLAESPESA



BARCELONA

BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15, Barbará, 15

1916

El amor surge y desaparece como
el relámpago: cuando aún nos des-
lumbra su claridad, su resplandor
ya se ha perdido para siempre.

DEDICATORIA

A aquellos dulces y piadosos ojos
que vieron pasar el Amor y aún
lloran porque no pudieron retenerlo.

Madrid, 1913

PERSONAJES DEL POEMA

- YOLANDA** Vestida de blanco. Quince años. Parálitica. Tiene la unción y la dolorosa espiritualidad de las vírgenes que hilan, bajo la suavidad dorada del crepúsculo en las vidrieras góticas.
- GINEBRA** Su madre. Vestida de negro. Su vejez recuerda primaveras lejanas desbordantes de flores y otoños recientes, pródigos de frutos.
- EL CAMINANTE** Manto de púrpura. Gorra plumada. Coselete de oro sobre túnica de tisú de plata. Juventud frenética. Su presencia embriaga. Su mirar deslumbra, y su voz—como en los mitos antiguos—sería capaz de domesticar leones.
- DONCELLAS** Bellas, ligeras y alegres como ayes de paso. Llevan grácilmente rojos cántaros de tierra al hombro, como las mujeres bíblicas, y sus risas y sus cánticos evocan fiestas paganas.

Epoca de leyenda: aquellos días ingenuos y fragantes en que la sombra del Nazareno cruzaba aún por los caminos, y al caer la tarde llamaba a las puertas de los casales, disfrazada de viejo romero, para hacer florecer en la desgracia las santas rosas del milagro.



ACTO ÚNICO

Humilde vivienda campesina. Al fondo una amplia puerta, por cuyo hueco se ve la campiña florida y las lejanas cumbres de las montañas. A la izquierda, el hogar encendido. En torno del hogar, escabeles, una rueca, un huso y rústicas banastas de mimbre desbordantes de lino. A la derecha, un arco sin puerta, que conduce al interior. Es un atardecer sereno de abril. El paisaje del fondo, como el de los retablos primitivos, aparece envuelto en un milagro de oro y de púrpura. La paz es como el alma de la casa.

ESCENA PRIMERA

YOLANDA, GINEBRA y DONCELLAS.

Yolanda, sentada cerca del hogar, frente a la puerta, mirando a la campiña florida y a las doncellas, que pasan con el cántaro al hombro, camino de la fuente, con la profunda ansiedad de sus ojos nostálgicos de paralítica. Ginebra la peina suavemente los largos cabellos dóciles y ondulantes entre sus manos como las sedas de un velo.

YOLANDA (Mirando a las doncellas que pasan con alegría de pájaros recién salidos del nido.)
A la fuente que los álamos
y los rosales sombrean,
con el cántaro en el hombro,
cantando van las doncellas !...

(Sonríe tristemente)

¡ Qué alegres van !... ¡ Cómo ríen
bajo la verde arboleda !...

(En sus ojos la envidia quiere hacerse llanto.)

¡ Con mi cantarico nuevo

quién se marchara con ellas !

(Sus miradas húmedas parecen que quieren huir, perderse en los campos, en los cielos, en un imposible.)

GINEBRA

(Con gravedad llena de dulzura.)

Cantando van a la fuente...

¡pero cuántas a la vuelta,
en los blancos delantales
esconderán la cabeza
para enjugarse las lágrimas
que por sus mejillas ruedan,
porque en la vida van juntas
la alegría y la tristeza !

YOLANDA

(Acariciando la campaña con su mirar sediento de horizontes nuevos, como una ave enjaulada que desde su prisión siente el trinar libre de sus compañeras.)

Bajo el cristal de la tarde,
por las floridas veredas,
parecen que son de oro
los cantaricos de tierra...

¡Los cantaricos de barro,
que cuando al caño se llenan,
fulguran y cantan como
si se llenasen de perlas !

(Entorna los párpados voluptuosamente como si aspirase el perfume de un recuerdo lejano.)

GINEBRA

(Deteniéndose un instante en su tarea, como si empezara a despertarse en su corazón un recuerdo.)

¡Mas cuántas ¡ay ! sin sus cántaros
regresarán a la aldea !...

¡Cántaro que va a la fuente
es ley que en la fuente muera !

(Como si volviese a vivir un pasado cuyo recuerdo aún estremece sus entrañas exhaustas.

Cuando se enturbian los ojos
y cuando las manos tiemblan,
siempre rompen en la fuente,
su cántaro las doncellas.

(Momento de silencio. Las manos maternas vuelven a la dulce faena. Yolanda, vuelta hacia el paisaje, se estremece como una flor que pugna por arrancarse de su tallo.)

YOLANDA (Con tristeza suave, pero rebelde.)
No tengo espejos de oro
donde verme, mientras peinan
tus santas manos los rizos
de mi larga cabellera!...
(Un suspiro palpita en sus labios y muere deshecho
en una sombra.)

No tengo espejos de oro...

(Con los ojos cerrados como para concentrar mejor su
atención en la pura y fresca imagen vedada.)

¡Ay, quién mirarse pudiera
en el cristal de la fuente
que los álamos sombrean!

GINEBRA (Para consolarla.)

¡Todo cuanto nuestros ojos
en los espejos contemplan
es polvo, ceniza y humo
que se comerá la tierra!

UNA DONCELLA (Que pasa cantando por el camino. La madre y
la hija, al oír la canción, se quedan inmóviles.)

¡Caminante, caminante,
si la sed tus labios quema,
mi cantarico de plata
te daré para que bebas!

(En el silencio se oye latir el corazón de Yolanda, con
tal violencia, que parece va a romper el corpiño y a
estallar de inquietud.)

OTRA DONCELLA (Que canta más lejos. Su voz es suave como el
arrullo de las tórtolas en celo.)

¡Caminante, caminante,
empuja, al pasar, mi puerta,
que un lecho de oro y de púrpura
tengo yo para que duermas!

(La garganta de Yolanda se hincha en sollozos. Su ca-
beza se desploma entre las manos. La madre deja es-
capar los cabellos, que sueltos ruedan sobre los hom-
bros de la gimiente como un torrente de suavidades.)

GINEBRA Hija mía, ¿qué te pasa?

¿Por qué lloras? ¿por qué tiembblas?

(Acariciándola con suavidad, como si fuese una cosa
muy frágil y pudiera romperla.)

YOLANDA (Aomando su rostro descolorido y lacrimoso entre la maraña fragante de los cabellos revueltos.)

¡Madre mía, madre mía,
porque yo también quisiera
caminito de la fuente
cantar con esas doncellas !

(Estallando en sollozos, como un niño que pidiese la luna.)

¡Correr, saltar por los prados,
y danzar sobre la hierba
bajo el ramaje florido,
al son de las panderetas !

(Permanece un momento sollozando. En la serenidad de la tarde, bajo los guindos floridos del camino, aparece un coro de doncellas. Traen las trenzas y los senos cubiertos de rosas. Dejan sus cántaros apoyados en los setos, y forman con las manos unidas como una guirnalda en torno de una de ellas, la cual, con voz melodiosa, empieza a recitar. Las cabelleras destrenzadas, al girar flotan al viento en una embriaguez frénética de danzas paganas. La hora tiene un perfume carnal de rosas recién abiertas.)

ESCENA II

YOLANDA, GINEBRA y DONCELLAS.

UNA DONCELLA (Con una voz fragante y tibia, como si fuese, el aliento de la primavera. La madre y la hija absorben la canción como un perfume, la una con la tristeza resignada de un recuerdo que se desempolva del olvido, y la otra con la inquietud de un presentimiento próximo a cumplirse.)

De la clara fuente
del jardín del Rey,
que entre los rosales
se mira correr,
cantando volvía
al atardecer,
cuando en el camino
contemplé a un doncel
cabalgando sobre

fogoso corcel.

De plata su casco,
de oro su arnés...

Un manto de púrpura
llevaba también.

—Doncella—me dijo—,
parando el corcel :
¡su voz era música
y sus labios miel!

—¿Quieres de tu cántaro
darme a beber?

—No es de oro... De barro
mi cántaro es...

Mas, ¿quién mira el cántaro
cuando tiene sed?

(Las doncellas giran en torno de ella, cogidas
de la mano.)

Temblando de angustia,
de un rosal al pie,
con mis propias manos
le dí de beber...

(Su voz languidece y se apaga de voluptuosidad
ante la evocación de aquel encuentro.)

¡Traidor caballero,
desleal doncel,
que miré entre el polvo
desaparecer,
en vano llorando
tu vuelta esperé!

¡Tu sed en mi cántaro
de barro sacié!

¡Tú, en cambio, en mis labios
dejaste una sed
que en la vida nunca
ya apagar podré!

(La guirnalda se deshace y todas se van alejan-
do lentamente por los caminos.)

(Alejándose.)

¡Traidor caballero,
desleal doncel,
en vano llorando
tu vuelta esperé!

(La tarde empieza a palidecer. El aire trae perfumes de cálices lejanos que se cierran agostados por la viva y gloriosa luz del sol.)

ESCENA III

YOLANDA y GINEBRA.

YOLANDA

(Sollozando, con la cabeza oculta entre las manos febriles de inquietud.)

¡ Madre, quién pudiera
bajo la enramada,
a los caminantes
que sedientos pasan,
ofrecer la trémula
frescura del agua !

GINEBRA

(Alzándole la frente y besándosela, profundamente conmovida.)

¡ Mas ellos, en pago,
quizás te dejarán
esa sed eterna
que nunca se sacia !...
¡ Porque así es la vida,
y siempre nos pagan
las monedas buenas
con monedas falsas !

YOLANDA

(Con la frente apoyada en el seno materno.)

¡ Madre, madre mía !
¿ Por qué la desgracia
mi cuerpo a la tierra
como un árbol ata,
cuando el alma libre
su vuelo levanta
al azul del cielo,
que no en vano al alma,
igual que a las aves
la pintan con alas ?
¿ No habrá en esos montes,
mi madre, una planta
de esas que son bálsamos
que todo lo sanan ?
¿ Ni la primavera

me dará su savia,
cómo se la ha dado
a las secas ramas
que hoy llenas de flores
el aire embalsaman?
¡ Jesús, madre mía,
¿ ya no se disfraza
de viejo romero,
y en las noches llama
a las puertas donde
gime la desgracia,
y consuela al triste
y al enfermo salva
sólo con la sombra
de sus manos blancas?

(La madre y la hija se estrechan en un abrazo doloroso)

¡ Si hiciera un milagro
la Virgen!... Descalza
subiera a la ermita
que está en la montaña,
aunque los guijarros
me despedazaran!...

(Serenamente.)

La vida es destierro
donde Dios nos manda
para que purguemos
en él nuestras faltas.

(Tendiendo los brazos al cielo, en un movimiento de protesta.)

¿ En qué te ha ofendido,
mi Señor, tu esclava,
si sus quince abriles,
quince rosas blancas,
sobre los altares
deshojó a tus plantas?

(Se vuelve ansiosa a la madre, que la contempla con tristeza, haciendo esfuerzos inauditos para ocultar sus lágrimas.)

¿ No hay sabios que puedan
curar mi desgracia?...

¡ Si hay alguno, búscale,

GINEBRA

YOLANDA

y tráemele para
que me salve el cuerpo
o me mate el alma!... (Rompe a llorar.)

GINEBRA

(Tomándole las manos.)
¡ Por ir a buscarlos,
todas las estradas
del mundo, de sangre
tiñeron mis plantas!
¿ No te vió el anciano
monje que curaba
hasta los leprosos
que aullando de rabia,
al sol, en sus cuevas,
se rascan las llagas?
¿ No vino a curarte
Godomar, la anciana
que tiene en el monte
renombre de santa,
la que a los que muerden
las víboras sana,
y ahuyenta a los lobos
con una palabra?
¡ Por buscar remedios,
por calmar tus ansias,
pidiendo limosna
fuí de casa en casa,
como esas mendigas
viejas que apoyadas
en largos bordones
por las sendas pasan,
y a cuyos harapos
los mastines ladran!

YOLANDA

(Con acento desesperado.)
¡ Madre, madre mía,
si no hay esperanza,
¿ por qué, Dios clemente,
mis penas no acaba?
¡ Estoy, madre mía,
en vida enterrada!...

GINEBRA

(Acariciándola suavemente.)
Dios pondrá el remedio,
pues puso la llaga.

¡ Cálmate, hija mía,
y ten confianza,
que Dios siempre acude
si la fe lo llama !

(Se sienta a sus plantas, y con voz suave y lenta comienza a narrar. Algo inefable y dulce, como una onda de suave misticismo, invade la estancia.)

Una pobre viuda sollozaba
sobre el humilde lecho
donde su única hija agonizaba
por una llaga devorado el pecho ;
mientras fuera el relámpago lucía,
y el furioso bramido de los vientos
los débiles cimientos
de la mísera choza estremecía.

Así clamaba al cielo la viuda :

— ¡ Señor, no me la quites !... Sin la ayuda
de sus manos tan puras como blancas,
por sostener mi cruz lucharé en vano...

¡ Mi báculo es, Señor !... Si me lo arrancas,
¿ en dónde apoyo encontrará mi mano ?

Se oyó un débil gemido... Luego, un duro
golpe de viento estremeció la puerta,
y a la luz del relámpago, en el muro
su rígido perfil trazó lá muerta !...

¡ Como a la evocación de algún conjuro,
sobre el umbral, inmóvil, de repente
bajo el negro turbión del aguacero,
apareció la sombra de un romero,
con un nimbo de luz sobre la frente !

Y al ver a la mujer que sollozaba,

— ¿ Qué tienes ? — preguntó... Y su voz era
tan dulce y musical, que se dijera
que al aire de infinito perfumaba.

La pobre madre le explicó su angustia,
y el lecho le mostró donde yacía,
bañada en el sudor de la agonía,
la única flor de sus entrañas, mustia.

Más que muerta dormida parecía...

El romero avanzó serenamente.

Después, dobló la luminosa frente,

y le dijo a la anciana :—¡ No está muer-
[ta !...
y a la yacente murmuró :—¡ Despierta !...
Y entreabriendo las sábanas del lecho,
con sus divinas manos milagrosas
ungió las rojas llagas de su pecho...
¡ y la doncella despertó entre rosas !

(Pequeña pausa. Se vuelve a la hija que, estremecida ha escuchado el relato como si un presentimiento divino hinchase su pecho y agitase todos sus miembros, ávidos del milagro.)

¡ Era El !... ¡ El Señor !... Tu pena olvida.
Sus plantas hacen florecer los yermos...
¿ Quien devuelve los muertos a la vida,
por qué no ha de curar a los enfermos?

YOLANDA

(En un arranque de esperanza.)

¡ Si El viniese de nuevo !... ¡ Si asomara
su divina silueta a esos umbrales,
y mi cuerpo sanara
con sus llagadas manos celestiales !...

(Silencio corto. La sombra de algún viajero tiembla a lo largo del camino, oscureciendo un instante, como al paso de una nube, el umbral de la casa. Se oye un lejano y dulce clamoreo de campanas. El crepúsculo se torna más suave y una sombra de paz parece descender sobre la tierra, como si un ángel la cubriese suavemente con sus alas diáfanas de armiño. Yolanda levanta la cabeza y se santigua.)

La campana resuena...

Es la hora en que el Angel tiende el vuelo,
¡ que en sus manos, cual mística azucena,
nuestra pura oración, ascienda al cielo !

(Contemplando el paisaje, con una sonrisa de beatitud.)

Todo el campo está orando. Los rosales
son incensarios que la brisa orea ;
los árboles apenas cabecean,
y el humo de los últimos casales
parece una oración que al cielo sube...

¡ Todo reposa y ora
en la paz inefable de la hora
bajo las blancas alas del querube !

El pastor, olvidando su ganado
que hacia el redil retorna, la cabeza
descubre con fervor, y arrodillado
en la alta cima de los montes, reza...

(Tendiendo los brazos al cielo, en una súplica fervorosa.)

¡ Oh, mi Señor ! ¡ Si de mi mal sanara,
en la cumbre más alta de aquel monte,
para darté las gracias me postrara,
hasta que el sol de nuevo clareara
en el cristal azul del horizonte !...

¡ Recemos al Señor ! (A la madre.)

(Ginebra se arrodilla a los pies de la hija y ésta coloca las manos sobre la cabeza materna. Pequeña pausa de silencio.)

GINEBRA

(Orando con los brazos tendidos al cielo, en una imploración dolorosa. Su actitud, recuerda la angustia de todas las madres en la hora trágica del Calvario.)

¡ Señor,
por la amargura y el dolor
que padeciste siendo hombre ;
por tu Pasión, por la virtud
tres veces santa de tu nombre...
¡ vuelve a mi hija la salud !

YOLANDA

(Orando también. En su rostro transfigurado por la violencia del ruego, y en la voz que parece que brota de lo más íntimo y profundo del alma, hay algo de revelación próxima a cumplirse, de augurio de felicidad cercana.)

¡ Señor ! ¡ Señor, por los cordeles
que a la columna te amarraron ;
por las escarpías que crueles
sobre el madero te clavaron ;
por el silencio de la fosa
y por la paz del ataúd,
¡ con tu alba mano milagrosa
vuelve a mi cuerpo la salud !

GINEBRA

¡ Por aquel llanto de María,
cuando en la cruz te vió expirar...
Donde una lágrima caía
sobre la tierra se veía
un lirio cárdeno brotar !

YOLANDA ¡ Para sanarme, Señor, ven !...
¡ Obra el milagro !

GINEBRA ¡ Amén !

YOLANDA ¡ Amén !

(Ambas se persignan y dejan de rezar. Momentos de silencio, en los que sólo se oyen el palpar de sus corazones. Una ansiedad terrible estremece el cuerpo de Yolanda, como si fuera a desprenderse de alguna cadena invisible que la aprisionara a la inmovilidad de su asiento. Se oye el galopé de un caballo que parece detenerse a la puerta de la casa.)

ESCENA IV

Dichas y EL CAMINANTE.

YOLANDA (Escuchando ávidamente. Toda el alma parece reconcentrada en sus oídos.)

Madre, ¿ no has oído ?

GINEBRA (Dirigiéndose hacia la puerta.)

Veré lo que pasa...

Junto a nuestra puerta paróse un corcel...

(Observando desde el umbral. Yolanda se estremece. Una inquietud profunda la agita hasta la raíz de los cabellos.)

Se apea un gallardo mancebo...

CAMINAN. (Desde fuera. Su voz tiene la plena armonía de la juventud.)

¡ Ah, de casa !...

GINEBRA (Inclinándose para que pase, deslumbrada por la aparición juvenil, como si su propia juventud resucitase milagrosamente ante sus ojos.)

Entrad, caballero...

YOLANDA (Profundamente agitada, con los ojos fijos en la puerta.)

(¡ Oh, si fuera El !...

(Mirando atentamente al que entra.)

¡ Su manto es de púrpura, de plata es su
¿ Será El ?...) [sayo !

(Palidece de emoción. Se la siente agitarse en su asiento. El Caminante penetra y con él parece que invaden la casa todas las alegrías de la vida, y todos los hechizos de la juventud.)

CAMINAN. (Desde el umbral, queriéndolo devorar todo con los

ojos.) Decidme, ¿me pudiérais dar forrajes y agua para mi caballo y para mí un lecho donde reposar?

(Penetra, pero se queda cerca de la puerta. Yolanda le mira anhelante. Su mirada es tan voraz que parece que sus ojos van a rasgarse.)

GINEBRA (Fijándose en el vestido del Caminante.)

Larga, caminante, la jornada ha sido.

CAMINAN. (Con volubilidad.)

Pues la que me queda es mucho mayor...

¡Mirad, como el polvo me cubre el vestido y ved mi caballo bañado en sudor!

(Señalando a la puerta.)

GINEBRA ¡Dejad que os despojen mis manos del [manto!

(Se lo quita y lo coloca en un escabel cerca de la puerta, sacudiéndolo antes. Se dirige después hacia su hija, y la besa con dulzura en los ojos, acariciándole suavemente las mejillas.)

¡Adiós, hija mía!

(Toma una hoz bajo el brazo y se dispone a partir, encaminándose hacia la puerta.)

Me voy a segar heño en esos prados... Vos, señor, en [tanto

reponed las fuerzas sentado al hogar.

CAMINAN. (Avanzando resueltamente, con paso firme y felino.)

¡Buena mujer, gracias!

(Repara en la paralítica; la contempla con avidez, y se vuelve a la anciana.) ¡Qué linda doncella!

(Sin poder contener su admiración, desbordante de entusiasmo.)

GINEBRA Señor, es mi hija...

CAMINAN. A Dios alabad, porque os dió su mano criatura tan bella.

YOLANDA (Estática. Su rostro se transfigura, y su voz tiene cálidas suavidades de terciopelo.)

(¡Vierte miel y mirra su voz al hablar!)

CAMINAN. (Reparando en la actitud de Yolanda.)

¿Por qué dolorida dobló la cabeza?

GINEBRA (En voz baja, temerosa de que la oiga la hija.)

¡Está enferma!... ¡De ella tened compa-
[sión!

CAMINAN. (A la madre, deteniéndola un instante, en los umbrales.)

¿Enferma y tan joven?... ¡Será de belleza!
[za!...

YOLANDA (Rehuyendo las miradas de El Caminante.)

(¡ Siento sus miradas en mi corazón !)

(Ginebra sale por el arco de la derecha, con la hoz bajo el brazo. El cuerpo de Yolanda tiembla bajo los ojos de El Caminante: tal una paloma bajo la fascinación de una serpiente. La tarde palidece en un suave matiz de oro flúido. Hay como un perfume nuevo en todas las cosas, como el perfume de un milagro que va a cumplirse.)

ESCENA V

YOLANDA, EL CAMINANTE y luego DONCELLAS.

CAMINAN. (Aproximándose, sin dejar de mirar, a Yolanda.)

¡ Buenas tardes, niña !...

(Con la voz muy dulce. Desgranando las palabras como las perlas de un collar.)

YOLANDA (Con la voz trémula y los ojos bajos, subyugada y estremecida. Parece que va a deshacerse, al abrir los labios.)

¡ Señor, buenas tardes !

CAMINAN. (Contemplándola, con ternura.)

(¡ Doncella tan bella no encontré jamás !)

YOLANDA (Cerrando los ojos como adormecida.)

(¡ Deslumbran sus ojos mis ojos cobardes !)

CAMINAN. (Acercándose, con gran cariño.)

¿ Por qué, flor de almendro, tan pálida es—
(Ella inclina la cabeza, sin atreverse a hablar.) [tás?
¿ Qué pena en tus labios impuso su sello?
(Yolanda llamea de rubor y oculta la cabeza entre las manos.)

¿ Qué rosal sus rosas deshoja en tu tez?
(Le separa dulcemente las manos y le hace levantar el rostro.)

¡ Muestra tu semblante, que será más bello entre los rubores de tu timidez !

YOLANDA (Tímidamente. Al esfuerzo de su voz tiembla todo su cuerpo.)

Hace cinco años que mi suerte lloro,
pobre paralítica, sobre este sillón...

CAMINAN.

(Alegremente, animándola.)

Yo seré la alegre campana de oro
que anuncie a tu cuerpo la resurrección!

YOLANDA

(Alzando los ojos, con la voz palpitante de esperanza.)

¿Sanaréis mis males?

CAMINAN.

(Con misterio, embriagándola con su aliento.)

Para darte la vida
con la Primavera he llegado aquí...

¡Tornarán las rosas... Tus penas olvida,
y clava tus ojos de gacela en mí!

(Arrullándola. Su voz evoca el nocturno del ruiseñor
bajo un rayo de luna.)

Esmeraldas como tu pupila zarca,
no vi en las coronas de ningún monarca,
ni magnolias como tus senos en flor
tiene en sus jardines el emperador.

A tu voz se callan, de envidia, las aves;
caracol marino donde sueña el mar...

¡Azucenas como tus manos suaves
no vieron mis ojos en ningún altar!...

Tus labios, fragante joyel de rubíes...

¡las rosas más frescas que en mi senda
[hallé!...

(Ella se extenúa en un delirio de amor, con los ojos
bajos y la faz pálida, como si fuese a desvanecerse.)

¿Por qué estás tan triste? ¿Por qué no
[sonríes?

Si te causa agrado, señor, sonreiré...

(Hace un esfuerzo, levanta la cabeza y sonríe dulce-
mente.)

YOLANDA

CAMINAN.

¡Por otra sonrisa de tus labios diera
mi casco, mi espada, mi viejo laúd!...

¡Todos los jazmines de la Primavera
y todas las rosas de mi juventud!

(Insinuante. Su voz tiembla de deseo.)

¡Abreme, doncella, tu senda florida!...

Sonríeme siempre...

YOLANDA

(Súbitamente, como si se preguntase a sí misma.)

¿Quién eres, señor?

CAMINAN. (Con toda la vehemencia de su juventud frenética de vida.)

¡ Soy un caminante que cruza la vida,
mitad peregrino, mitad trovador !
Cuando la alegría del abril florece
por las verdes sendas, surjo en mi corcel,
y mi canto errante la selva estremece
y deja en los labios dulzuras de miel...
Camino impaciente, porque llevo prisa,
porque tengo a muchos sitios que llegar...
Mis pasos detienen sólo una sonrisa,
y rosas mi mano deshoja al pasar...
Visto seda y oro, mas cño armadura,
manejo la cítara igual que la espada...
¡ Mi boca, doncella, con sus besos cura,
y matan mis ojos con una mirada !...
No hay reja ni muro que ante mí no ceda ;
a mi voz se abren todos los jardines,
y mis manos tejen la escala de seda
que asalta el misterio de los camarines.
El sueño es mi heraldo, la dicha mi esclava
y guardo más joyas en mi corazón [va ;
que en sus dromedarios la reina de Saba
y en sus camarines el rey Salomón !...
Siempre tras mis pasos florece el recuerdo
Toda mi fortuna la juego al azar... [do...
Me encojo de hombros, con desdén, si
[pierdo ;
¡ si gano, de nuevo la vuelvo a jugar !...
Asciendo a las cumbres y atravieso llanos.
¡ Todos los caminos para mí son buenos,
porque sé que en todos espera mis manos
para abrir su cáliz la flor de unos senos !
(En voz más baja, aproximándose más a Yolanda.)
¿ En la silenciosa noche no has oído
lo mismo que un vago suspirar del viento
entre los ramajes del jardín florido,
bajo tus ventanas resonar mi acento ?
¿ Cruzar por tus sueños nunca me has mi-
galopando sobre fogoso corcel ? [rado
¿ Jamás me llamaste ?... ¿ Nunca me has
¿ No cñó mi brazo tu cintura ? [besado ?

YOLANDA (Temblando bajo el convencimiento del milagro.)
(¡ Es él !)

CAMINAN. (Insinuante. Su acento y sus miradas llamean de pasión.)

Una vez... ¿recuerdas?... Al ver en un a dós golondrinas el pico juntar, [nido se abrió suspirante tu labio encendido, como si sintieras ansias de besar...

Cerraste los ojos y palideciste...

Tu cuerpo era fuego y tus labios miel...

Que yo te besaba, entonces, creíste,

¡y ahora aún te estremece su recuerdo !...

YOLANDA (Estática de felicidad, como soñando.) (¡ Es él !)

CAMINAN. Otra vez, ¿recuerdas?... Fué esta tarde
[cuando

el cántaro al hombro, camino a la fuente

las bellas doncellas pasaban cantando,

doblaste llorosa tu pálida frente,

la suerte envidiando

de aquella zagala que, junto al camino,

agua de su cántaro le ofreció al doncel...

Tú también soñaste con un peregrino

joven y gallardo como yo...

YOLANDA (Como ebria de felicidad.) (¡ Es él !)

CAMINAN. Pues aquí ya tienes a aquel que esperabas,

a quien sonreías, por quien suspirabas

al mirar los nidos, al oír los cantares...

¡ Vieni con sus labios a sanar tu mal,

para que el naranjo dé sus azahares,

para que de rosas se cubra el rosal !...

(Le toma violentamente las manos, oprimiéndolas entre las suyas, mientras la contempla con vehemencia.)

Así, con tus manos en mis manos presas,

dándome tus ojos su ardiente embriaguez.

¿ Por qué no sonríes ? ¿ Por qué no me be-

(La besa con pasión delirante.) [sas?...
Tu beso es la gloria... ; Bésame otra vez !

(Ella le tiende los brazos y le besa con frenesí.)

Yo haré que se acaben tus negros que-
[brantos.

Con mi boca, a besos, secaré tus llantos...

A tus inquietudes brindaré reposo ;

te daré el aroma de mi juventud...
¡Y tu frágil cuerpo, bello y armonioso,
vibrará en mis manos igual que un laúd!
¡Bésame! (Vuelve a besarle aún con más ímpetu.)

YOLANDA (Expirando de felicidad.)

¡Me matas... tu boca es de miel!...
(Son sus mismos besos... Los mismos...
[¡ Es él!])

CAMINAN. Deja que en los brazos con que me enca-
[denas,

te beba hecha besos, mis labios voraz,
hasta que se queden exhaustas tus venas,
sin miel tus panales, sin rosas tu faz!...

YOLANDA Bajo el inflamado soplo de tu aliento,
mi cuerpo y mi alma—¡ toda yo!—me siento
como entre las lenguas de un incendio ar-
(Con delirio. Tendiéndole de nuevo los brazos.) [der.

¡ Bello caminante, si vienes sediento,
¡ aquí está mi fuente!... ¡ Sécala al beber!
¡ Sécala, bien mío,
hasta que me dejes su cauce vacío,
hasta que no tenga ni una gota ya,
que al morir, la fuente te bendicirá!...

(Pequeña pausa. Permanecen un instante abrazados.
Todas las hiedras del deseo parecen enroscarse a sus
cuerpos, fundiéndoles en un mismo vértigo de amor.)

¿ Verdad que tus besos sanarán mis males
como el aire tibio cura los rosales?

¿ Verdad que algún día me verás risueña
por esas praderas tras de ti correr,
y en la vieja fuente donde el agua sueña
me darás tus labios al atardecer?

¿ Verdad que tu mano por esos senderos
como un corderito me conducirá,
mientras suena el canto de los pasajeros
y el sol lentamente muriéndose va?

¿ Verdad que en las noches de azul y de
[plata

canciones no oídas me dirá tu amor,
mientras llora el viento con la serenata
que a las rosas nuevas le da el ruiñeñor?

(Suplicante, tomándole las manos como si quisiera convencerse de la realidad de su dicha.)

¡ Señor, con tus puras manos de azucenas deshace estos lazos, rompe las cadenas que a la tierra dura sujetan mi pie!...

¡ Sosténme en tus brazos!... ¡ Quémame
[en tus llamas!

¡ Señor, con tus labios de miel, bésame!

(El vuelve a besarla. De pronto ella se vuelve anhelante.)

Mas ¿dime quién eres?... Dí, ¿cómo te
[llamas?

CAMINAN.

(Sonriente, con volubilidad de agua que corre, de nube que pasa, de pájaro que salta de rama en rama, de todas las cosas inconscientes, ligeras y bellas de la Naturaleza.)

¡ Pregunta mi nombre a los ruiseñores, a los blancos cisnes, a las margaritas, a todas las cosas que mueren de amores! Lo saben los astros, la luna y las flores que alumbran y aroman las nocturnas ci-
[tas.

¿ Mi nombre? ¿ Mi nombre?... No tengo
[ninguno
y los tengo todos, porque a todos uno y fundo en un lazo...

Con todos un mismo sentimiento expreso.

¡ Ciño tu cintura... y me llamo abrazo; y beso tu boca... y me llamo beso!...

UNA VOZ DE DONCELLA (Cantando a lo lejos. Su sombra pasa como un relámpago de obscuridad por la estancia.)

¡ Si tienes sed, caminante,
al pie del rosal te espero,
para que beban tus labios
en mi cantarico nuevo!

(El Caminante, al oírlo, se desprende de los brazos de Yolanda, como atraído por un nuevo encanto irresistible.)

CAMINAN.

(Disponiéndose a partir, alegremente, como después de una siesta, a la sombra de un árbol del camino.)
Me marchó... Me esperan...

- YOLANDA (Haciendo un esfuerzo inaudito para detenerle.)
Detente un instante.
¡ Si aún la sed te dura,
si aún quema tus labios, bello caminante,
para que me bebas, yo seré agua pura !
- CAMINAN. Me voy como vine : impensadamente...
Me aguarda otra fuente...
Después otra y otras... Camino deprisa...
¡ Ya aspiré tu aroma, rosa del camino !...
¡ Tu dulce sonrisa,
fuentecita clara, bebió el peregrino !...
Mi destino es ese : siempre caminar.
En la paz fragante de otras nuevas sendas
volveré a cantar
mi amor de romero, mi amor de leyendas,
del que soy el héroe y al par el juglar !...
- UNA VOZ DE DONCELLA (Cantando más lejos.)
¡ Caminante, caminante,
no tardes, porque si tardas,
mi cantarico de oro
estará lleno de lágrimas !...
- CAMINAN. (Besando a Yolanda rápidamente.)
¡ Adiós !... Se impacientan... Otro beso...
(Se inclina y vuelve a besarla. Yolanda hace un es-
fuerzo terrible para levantarse.) ¡ Adiós !
(Se aleja a recoger su manto.)
- YOLANDA (Crujiendo toda en el esfuerzo de su imploración, con
los brazos tendidos hacia el Caminante.)
¡ Nadie separarnos puede ya a los dos !...
¡ No huyas, caminante !...
Aún me quedan besos...
- CAMINAN. (Sin dejar de sonreír.) Tu labio está frío...
Adiós... Tengo prisa...
- YOLANDA (Con desesperación.) ¡ Espera un instante !...
(El milagro florece en su cuerpo. Yolanda rompe sus
cadenas invisibles y se alza triunfalmente, corriendo
hacia el caminante.)
¡ Milagro ! ¡ Milagro !...
(Con júbilo infinito, como ébria de la más intensa fe-
licidad.) ¡ Al fin, ya eres mío !...
(Le sujeta por el manto.)

CAMINAN. (Rechazándola suavemente y dejando en sus manos el manto de púrpura.)

¡No puedo!... Me esperan... ¡Te dejo mi
[manto
para que en su sedas enjugues tu llanto!

(Sale precipitadamente por la puerta.)

YOLANDA (Llegando en un esfuerzo supremo hasta el umbral.

¡Detente, por Dios! (Gritando.)
Escucha... No huyas...

(Se oye el arrancar del caballo.) Tente...

(Parece que va a desvanecerse y se apoya en el umbral.)

CAMINAN. (A lo lejos.) ¡Adiós!... ¡Adiós!

(La voz del Caminante y el galopar del caballo se pierden en la distancia. En el umbral continúa Yolanda sollozando. El crepúsculo invade de una tristeza suave y fría el paisaje. Por el arco aparece la madre con un haz de hierba y la hoz bajo el brazo. Se queda atónita al ver a su hija, y dando un grito corre a abrazarla.)

ESCENA ULTIMA

YOLANDA, GINEBRA y DONCELLA.

GINEBRA ¡Milagro, Dios mío!

(Tendiendo los brazos al cielo. Sus ojos se llenan de lágrimas.)

YOLANDA (Con voz desgarradora, en la que se va su última esperanza.)

¡Se marchó el doncel!

(Continúa llorando desesperadamente, con la cabeza inclinada en el seno materno. Su llanto es como una lluvia de consuelo sobre un jardín agostado.)

GINEBRA (Con misterio, sin atreverse a pronunciar apenas las palabras, como temerosa de romper el encanto inefable del momento.)

¡Era él, mi hija!...

YOLANDA ¡Sí, madre!... ¡Era él!...

(Quedan abrazadas en el umbral, envueltas en las sombras del crepúsculo, como en un sudario, mientras se oye la voz triste y lejana de una doncella que pasa cantando, con el cántaro al hombro, de regreso de la fuente.)

LA VOZ DE LA DONCELLA

De la fuente del amor
yo no sé qué tiene el agua,
que si le da vida al cuerpo
en cambio nos mata el alma...

FIN DEL POEMA

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

LEYENDA DRAMÁTICA EN UN ACTO

DE

Giuseppe Giacosa

PUESTA EN VERSO CASTELLANO

POR

FRANCISCO VILLAESPESA



BARCELONA

BIBLIOTECA « TEATRO MUNDIAL »

15, Barará, 15

1916

PERSONAJES

YOLANDA.

RENATO.

OLIVIERO, conde de Fombrone.

FERNANDO, su paje.

UN SIERVO.

Pajes y siervos.

La acción en el castillo de Renato, en el valle de
Aosta. — Epoca : Siglo xiv





ACTO ÚNICO

Una sala en el castillo de Renato, con las paredes cubiertas de tapi- ces, y el techo de madera artesonada. A la derecha, una amplia chimenea, en cuyo frontispicio aparecen pintadas las armas de la casa. Frente a la chimenea, a la izquierda, una gran ventana, con vidrieras emplomadas. En un ángulo de la estancia, junto a la chimenea, se abrèn dos puertas gemelas: una conduce a las habitaciones interiores, y la otra a la escalera. Es- cabeles, sillones de alto respaldo, cubiertos con cojines blaso- nados. Doseles de seda. Bancos y arcones de madera tallada. En el primer término de la izquierda, una mesa con un juego de ajedrez.

ESCENA PRIMERA

YOLANDA y RENATO.

Al alzarse el telón, aparecen Yolanda y Renato junto al ventanal, contemplando el paisaje agreste que entenebrece la tempestad. Por la vidriera penetra débilmente una luz fría y gris, que se desvanece en el resplandor rojizo de la chimenea. Durante la escena, los sier- vos entran con dos candelabros de hierro de cuatro mecheros, que co- locan sobre la mesa.

YOLANDA

El tiempo no despeja... ¡ Ve, padre, como llueve !

RENATO

¡ Hoy es lluvia, Yolanda ; mañana será nieve !...

¡ Ya en la helada caricia del aire la presiento !...

Amaneció nevada la cumbre...

YOLANDA

¡ Ruge el viento !

(Pequeña pausa, durante la cual los dos aparecen interrogando al tiempo, asomados al ventanal.)

RENATO

¿ Qué hora será ?

YOLANDA

Las siete...

RENATO

¡ Y casi es noche oscura !

(Acariciando lentamente los cabellos filiales.)

¡ Pobre hija !... Tu suerte es demasiado dura...

¡ Vivir siempre cautiva con tu viejo guardián,
en este valle tétrico donde aulla el huracán !...

(Mirando el paisaje.)

¡ Cómo crujen los árboles !... ¡ Cuántos vendrán al

YOLANDA

[suelo !

Después, en los hogares, se elevarán al cielo,
en plegarias de humo... (Se retiran del ventanal y se
acercan a la chimenea.)

¡ Mira, padre, qué bella,
sobre el obscuro tronco que empieza a arder, des-
[tella

a los primeros besos del fuego que la inflama,
la azul y palpitante castidad de la llama !...

¡ Oh, sí !... ¡ Los buenos árboles !... ¡ Al arder, so-
los miro con cariño, los oigo suspirar [bre el lar,
con frágiles suspiros, y pienso en la floresta
donde alzaron un día, orgullosos, su testa !

¡ Con cuántas avalanchas, hirsutos, han luchado !

¡ Cuántas veces la nieve los habrá amortajado !...

¡ Ya nunca ha de vestirlos su blancura !...

RENATO (Estremeciéndose.)

¡ Hace frío !

YOLANDA (Empujándole cariñosamente hacia el hogar.)

¡ Calientate al rescoldo del hogar, padre mío !...

Caballerescas gestas nárrame junto a él...

(Como recordando de pronto.)

¡ Aquella bella fábula de Haroldo y su corcel !...

Vendrán los escuderos a hacernos compañía...

RENATO (Deteniéndola por una mano cuando se dispone a lla-
mar, y sentándose luego bajo la campana de la chimenea, a con-
templar el juego purpúreo y azul de las llamas.)

¡ No llares a ninguno ! ¡ Tan sólo a ti, hija mía,
quiero ver a mi lado !... (La estrecha dulcemente entre
sus brazos, como a una niña curiosa a quien se le va a narrar las

maravillas de un cuento de hadas.) ¡ Mi voz sabrá encontrar el camino más corto para poder llegar a tu alma !... ¡ Tú eres el único consuelo que aquí, sobre la tierra, me ha deparado el cielo ! ¡ Mi único amor !... Lo sabes... (La acaricia paternalmente las mejillas.) ¡ Si te miro a mi flanco, olvido estas arrugas y este cabello blanco !

(La besa. Pequeña pausa. Se oye el rujir del viento y el crepitar de los troncos del jar.)

¡ A tu lado soy joven ; sin ti me encuentro anciano !
¡ Una vez, pedí al cielo que te diese un hermano, que, como tú, fundiese nobleza y hermosura, para que transmitiera, tan intacta y tan pura como yo de mis padres la recibí, al ser hombre, a sus hijos futuros, la gloria de mi nombre !... Mas Dios no quiso oirme... ¡ Sabia es la ley de [Dios !...

En mi pecho, Yolanda, no hay lugar para dos...
¡ Y al pensar hoy en ello, me siento atormentado por la parte de afecto que él te hubiese robado !... Ven y siéntate... (La atrae y la sienta a su lado.)

Eres hermosa, buena y casta...

Tu nombre es más valioso que una corona...

(Acariciándole las manos, en voz baja y dulce, mirándose en el fondo de sus ojos.) ¡ Basta !...

Tendrás castillos, feudos, y bosques y jardines ;
Serás dueña y señora de mis vastos confines...
Mas...

YOLANDA (Interrumpiéndole cariñosamente con la voz velada y las mejillas encendidas de rubor.)

¿ Quieres que prosiga ?... Sin terminar de oír, he adivinado todo cuanto ibas a decir...

RENATO (Sonriente.)

¿ Qué es ello ?

YOLANDA (Más ruborosa aún.)

A vuestra hija le hace falta un esposo...

RENATO

¡ Es cierto !... ¡ Un caballero bizarro y generoso que, al hacerte dichosa, también feliz me haga !...

(Con el acento un poco triste.)

Ya estoy cerca del término : ¡ mi débil luz se apa-

YOLANDA (Abrazándole, en un arranque de amor filial.) [ga !...

¡ No temas que los años de mis brazos te roben !...
¡ Con las nuevas violetas, tornarás a ser joven !...

RENATO

¡ Y luego, este castillo !... ¡ Tanto salón vacío,
sin luz y sin canciones, me estremece de frío !...
En estas vigas viejas de robles y de encinas
hay lugar para nidos... ¡ pero no hay golondrinas !
Me hacen falta las claras risas de un rapazuelo...
Se es padre en la esperanza de ser después abuelo.
Necesito alegría e infantiles cariños...
¡ Los viejos con los niños, volvemos a ser niños !...

YOLANDA (Con celosa ternura.)

¡ Quiero ser sola a amarte !...

RENATO

Mas, ¿ por qué ?...

YOLANDA

¡ Porque sí !

RENATO

¡ Ni a tus hijos querría como te quiero a ti !...

(Pequeña pausa.)

Ya tienes veinte años. ¡ Estás en esa edad
en que las alas presas reclaman libertad !...
¡ En los cielos, a veces clavas tu pensamiento,
y no es en mí en quien piensas, hija, en este mo-
¡ Eres mujer, y sola ! ¡ Yo, viejo paladín, [mento !
estoy inútil para defender tu jardín !...

Después, en este valle oscuro hay demasiada
soledad para un alma tan joven... Tu mirada
no vió los amplios cielos sobre el extenso llano,
ni el arco del purpúreo horizonte lejano !...

Hay países de flores perpetuas y suaves
céfiros... Mis castillos son lóbregos y graves...
¡ La ilusión de los cielos está entre montes presa !...
¡ Esta negra montaña más que los años, pesa !
Se envejece aquí, antes de tiempo, si el amor
no escancia en nuestras copas su divino licor !...
Yo soy viejo... ¡ Tú misma defenderás tu empre-

YOLANDA (Sonriendo.)

[sa !...

¡ Pues fundaré un convento para hacerme abadesa !

RENATO

¿ Te estás burlando ?...

YOLANDA (Con cierta gravedad ingenua.)

En serio vamos a hablar los dos.

(Pequeña pausa. Se inclina hacia su padre y le habla casi al oído.)

Cuando me quedo a solas con mi conciencia y Dios, también sueño los goces del amor, y me siento exánime en un vago y dulce arrobamiento.

Me parece que cruza, por encanto, un caudillo bello y joven, el puente de este viejo castillo; y a mi oído suspira amorosos cantares más fecundos y ardientes que los rayos solares; y me miro en sus ojos que difunden un fuego divino... Y, poco a poco, me duermo... Y cuando [luego

despierto, ya no escucho sonar en el castillo las espuelas de oro del gallardo caudillo!

(Queda un momento inmóvil, con el rostro entre las manos, como si quisiera retener con ellas, en sus ojos, el encanto que se disipa.)

RENATO

Al buen marqués de Andrate rechazaste... Y era excelente partido...

YOLANDA (Interrumpiéndole con una sonrisa.)

¡ Si tan viejo no fuera !...

RENATO

El duque de Rosalba es fuerte y joven... Creo que la alianza es buena...

YOLANDA (Sin poder contener la risa.)

Mas, ¡ por Dios, es tan feo !

RENATO

¡ Sólo del alma impera la belleza triunfante !...

YOLANDA

El alma es invisible... Sólo se ve el semblante...

Si en mi rostro no hubiera un poco de hermosura, aunque tuviese el alma más ingenua y más pura del mundo, nadie habría tan santo que olvidara por pensar en mi alma, la fealdad de mi cara !...

RENATO

¿ Y aquí sola, tu vida va a extinguirse tal vez, entre el huso y la rueca y el juego de ajedrez ?...

YOLANDA (Sonriendo, queriendo variar el tema de la conversación.)

¡ Oh, el ajedrez !... Ahora me vienes a recordar que te debo un desquite...

RENATO

No, déjame acabar...

A jugar no me atrevo contigo... No soy diestro...

¡ En esto la discípula, ya aventaja al maestro !...

¡Añadir bien podría tu pericia al jugar,
un nuevo timbre a nuestro escudo familiar!...
Mas, el duque de Rosalba...

YOLANDA (Un poco contrariada) ¿Vuelves a tu porfía?
(Pequeña pausa. Aproximándosele de nuevo, como para conven-
cerlo.)

Si yo mal no recuerdo, me prometiste un día
libertad absoluta para entregar mi mano,
a aquel a quien quisiese...

RENATO ¡Y no prometí en vano!...
¡Mantengo mi promesa!... Contra el uso corriente
entre nobles señores, yo, que a Dios solamente
hago juez de mis actos, dejé a tu corazón
libre para elegir... Pues sé que tu elección
será el más fiel pronóstico y el arra más segura
de un nombre sin mancilla y un alma sin pavora!...
Mas, ¿por qué entre los nobles que en mi Corte
[reuno,
tu corazón, Yolanda, no ha elegido a ninguno?
¿Amarás en secreto?...

YOLANDA ¡No, padre!

RENATO ¡Así lo creo!...
El cristal de tus ojos aún no empañó el deseo...
¡Y tú mentir no sabes!

YOLANDA (Con sumisión.) ¡Quiero verte dichoso!...
¡Aquel que tú prefieras, ese será mi esposo!...
Te devuelvo la noble libertad que me diste...
y esperaré mi suerte!

RENATO (Conmovido besándola.) ¡Gracias, hija!...
(Resuená el esquilón del castillo.)

YOLANDA ¿No oíste?
¡La campana de alarma del castillo ha sonado!
(Mirando desde la ventana.)

Se alzaron las cadenas del puente...

RENATO Habrá llegado
a rendirme homenaje, alguno de mis fieles
vasallos...

YOLANDA ¡En el patio entran cuatro corceles!...
(Pequeña pausa. Cesa de sonar la campana. En la puerta aparece
un siervo que se inclina respetuosamente. Renato y Yolanda se
vuelven.)

— 11 —

ESCENA II

Dichos, UN SIERVO, y después OLIVIERO, conde de Fombrone,
y FERNANDO, su paje.

SIERVO (Inclinándose desde el umbral.)
El conde de Fombrone, permiso solicita
para entrar...

RENATO (Sin poder contener la inmensa alegría que le produce
la noticia.) ¡Oliviero!... ¡Qué agradable visita!

(Volviéndose al Siervo.)

¡Que pase!... ¡Recíbidle con el más alto honor,
porque él, es en mis tierras, más que huésped, se-
ñor!

(El Siervo se inclina y desaparece. Un momento después aparecen
en los umbrales, rodeados de pajes y escuderos con antorchas,
Oliviero y Fernando.)

RENATO (Corriendo a abrazar a su amigo.)
¡Bien venido, Oliviero! Tu presencia es en esta
morada, que ya es tuya, como un día de fiesta!

OLIVIERO (Después de abrazarle.)
¡Y para mí, estrecharte en mis brazos, ha sido
la mayor alegría que en el mundo he sentido!

RENATO (Volviéndose y presentándole a Yolanda.)
Conde, mi hija Yolanda... (Oliviero se inclina cortésmente.)

OLIVIERO (Contemplando al padre y a la hija.)
Dios liga opuestas cosas:
al rigor de la nieve la beldad de las rosas!...

RENATO (Con entusiasmo, a su hija.)
Tú conoces su nombre. Combatimos unidos
cuando eran nuestros brazos ágiles y fornidos.
Juntos atravesamos montañas y llanuras,
y al estruendo sonoro de nuestras armaduras
en burgos y castillos tocaban a rebato...
¡Pregúntale al vencido señor de Monferrato!...

OLIVIERO (Presentando a su paje.)
Mi buen paje Fernando...

RENATO (Después de haber contemplado atentamente al joven,
respondiendo con un movimiento de cabeza a su grave inclinación
y volviéndose a Fombrone.) En su faz se revela

que ha crecido a tu lado. Si ha seguido tu escuela...
será sobrio de lengua y ligero de manos...

(Los siervos, a una señal de Renato, se inclinan y desaparecen.
Después se vuelve a Fombrone.)

¡ Sentémonos, y hablemos de los días lejanos !...

(Se sientan junto al fuego.)

La juventud gloriosa de tu frente aún no ha huído...

¡ Luchaste con los años, y cual siempre, has ven-

OLIVIERO (Suspirando.) [cido !

Pasó el tiempo.

RENATO ¡ La encina no le teme a la helada !...

Al ver tu tersa frente y mi frente arrugada,
no dirán que tenemos la misma edad. ¡ Las penas
y los años, no abrieron brechas en tus almenas !...

(Pequeña pausa.)

¡ Debes venir cansado de tan luengas jornadas !...

¡ Son largas las veredas y están mal custodiadas !...

Se habla de robos : una banda de malandrines...

¿ No has tenido tropiezos ?...

OLIVIERO ¡ Por poco en los confines

de la montaña, donde empieza el valle, dejo
en manos de esos pícaros, la bolsa y el pellejo !

¡ Me ha salvado la espada de mi paje Fernando !...

(Los tres se agrupan junto al fuego. Sólo Fernando permanece a
respetuosa distancia, clavando, de cuando en cuando, sus ojos en
los de Yolanda que lo miran con curioso interés.)

RENATO

Mas ¿ cómo ha sido ?... Cuenta...

OLIVIERO Venía cabalgando

con mi paje y dos siervos, cuando de la floresta
brotó agudo silbato ; levantamos la testa,

y apareció, al borde del camino emboscada,
de unos diez salteadores armados, la mesnada.

Su capitán, poniéndose de nosotros delante,
nos ordenó :— ¡ Seguidme !— con un gesto arro-

[gante.

Mas Fernando, a su lado se encaminó con fino :

— ¡ Quizás te seguiremos, mas enseña el camino !—

contestó, y de un mandoble le hizo rodar por tie-

Los gritos de los otros atronaron la sierra ; [rra...

y nos acometieron, aún más que por vengar
la muerte de su jefe, esperando alcanzar

el botín. Eran nueve, valerosos y armados, y nosotros tan solo cuatro, y extraviados entre los laberintos de un áspero paraje... Entonces, a mi lado, acercóse mi paje; y cual si misteriosas órdenes recibiera, volvió al momento grupas, y emprendió la carrera al monte, a rienda suelta. Y tras él cabalgaron cinco de los bandidos... Y solos nos dejaron con los cuatro, privándonos de luchar con más gloria, mas haciendo más fácil y pronta la victoria!...

YOLANDA (Impresionada, contemplando al paje.)

¿Le persiguieron cinco?...

OLIVIERO

A mitad de la vía

recorrida volvióse, y al que cerca tenía, sonriendo con una sonrisa desdeñosa, le atravesó de un golpe, con su espada gloriosa! Y solo, alzado sobre la grupa del corcel, era un centauro antiguo... En vano sobre él descargaban sus golpes los cuatro... Agil y fiero, a todos contenía con su tajante acero, seguro en el ataque y firme en la parada... Ya, por la empuñadura rompiósele la espada, cuando, puestos en fuga los que nos combatieron, llegamos en su auxilio, y los otros huyeron, cual corzos perseguidos por hambrienta jauría, a internarse en el dédalo de la selva sombría, dejándonos tres hombres muertos sobre el terre-

YOLANDA (Con profunda emoción.)

[no...

¿Os hirieron?...

OLIVIERO

Mi paje, herido tiene el seno...

¡Ya le curé!...

RENATO (Levantándose y aproximándose con interés a Fernando.)

¿Una herida?

FERNANDO (Con serenidad.)

¡Un rasguño, señor!

RENATO (Acercándosele.)

Ven y estrecha mi mano, ¡oh, joven campeador!

(Fernando se aproxima, y estrecha respetuosamente, entre las suyas, la mano que le tiende Renato.)

¡Al dártela, con ella mi entusiasmo te expreso!...

¡Con qué orgullo tu padre te abrazará al regresar!...
Hijos como tú, honran... [so!...

FERNANDO (Con amargura.) ¡ Señor, no tengo padre !

RENATO

Mas, tu madre...

FERNANDO ¡ Tampoco sé si existe mi madre !...

RENATO (Con mayor interés.)

¿ Y tu nombre?...

FERNANDO

¡ Fernando !... ¡ Mi suerte no me alegra !...

¡ Si conquisto un escudo, tendrá la barra negra !...

RENATO

¡ Tienes sangre de príncipes !...

FERNANDO (Con fiero orgullo.) ¡ Si el cielo me da vía,
más que sangre de príncipes será la sangre mía !

RENATO

¡ Arrogantes palabras !

FERNANDO ¡ Si triunfa mi heroísmo,
cuanto en el mundo sea, me deberé a mí mismo !

RENATO

Eres leal y joven. ¡ Tu alma es franca y florida !...

¡ Te enseñaron los años la ciencia de la vida !...

Mas esos desmedidos arranques no son buenos...

Escucha este consejo :— ¡ Obra más y habla me-

FERNANDO (Con cortés finura.) [nos !...

¡ Hablar con arrogancia es noble, buen anciano,
si lo que el labio afirma lo sostiene la mano !...

RENATO (Iritado por el orgullo indomable del joven.)

¡ Perdóname, Oliviero, si mi sangre se enciende !...

¡ Aplaudo su fiereza, mas su orgullo me ofende !

FERNANDO

¡ En vos respeto el nombre legendario, el valor
probado y el afecto que os liga a mi señor !...

Mas, levanto la frente sin rubor y os arguyo :

— ¡ Es, entre mis virtudes, la primera : el orgu-

RENATO (Con severidad.) [llo !...

Imberbe mozalbete, ¿ qué sabes de la vida ?

Porque tu rostro es bello y tu senda florida ;

porque en tus pocos años el peligro te engríe

y el mundo es como un sueño, y todo te sonríe ;

porque no hay más que astros en tu noche serena,

y si la sed te abrasa, la copa encuentras llena,

¿ sin temor, al destino tu orgullo desafía,

y gritas a la suerte :— Lo quiero, y serás mía?...

Mas tu soberbia ignora cuanto saberse debe :
que es muy largo el camino y la vida muy breve ;
y que antes de que llegues al vértice soñado,
tendrás las maños rojas y el rostro ensangrentado,
y habrá de devorarte toda la angustia humana,
y lo que es hoy aurora será ocaso mañana !...

Yo también, llena el alma de espléndidas quimeras,
al desplegar al viento su pompa mis banderas,
sentí vértigos, ímpetus generosos, y anhelos
de levantar mi nombre hasta los altos cielos,
llevando, cual trofeo de olímpica victoria,
amarrada a la cola de mi corcel, la gloria !...

Mas ¡ ay ! que un triste día sentí la sangre helada,
y la mano ya inútil para esgrimir la espada.

Y entonces me hallé anciano, sin vigores ni alien-
y mi sueño de gloria se disipó en el viento !... [to ;

FERNANDO

Señor : sois noble y fuerte. A mis hijos diré
ciego de orgullo, un día :— ¡ Yo le he visto... y le
[hablé !...

Vuestras frases son como las frases de un vidente ;
por siempre su recuerdo conservará mi mente.

Pero otra es mi fortuna, y es otro mi derecho...

¡ A vos, os dió la suerte, nombre, familia y techo !...

En la escuela paterna vuestra alma se educó ;

la grandeza heredada sus alas os brindó...

Las armas, más que base, medios y apoyos fue-
[ron...

Yo crecí, solo y huérfano. Mis ojos jamás vieron
en la edad de las risas, ni el más ligero encanto...

¡ Tan sólo han conocido la ira, el dolor y el llan-
[to !...

No he recibido un nombre, que cual sacro legado
debiera hacer ilustre o conservar honrado ;

ni labios paternos, cual premio a mi valor,
han besado esta altiva frente de triunfador !...

¡ Al tornar del combate, mi único lauro era
la banal acogida de una casa extranjera,
pues blasones y nombre los cielos me han negado,
y por ajenas glorias mi sangre he derramado.

Mas, fiado en mi suerte, jamás sentí la pena
envidiosa y cobarde de la grandeza ajena !

¡ Venciendo los obstáculos que interceptan mi vía,
fuente es de mi orgullo esta soledad mía !...

(Pequeña pausa.)

Yo soy fuerte. Mi espada igual que sol destella,
y ¡ guay, del que sus fuerzas quiera medir con ella !
Mi arco nunca una flecha ha disparado en vano ;
donde los ojos quieren la coloca la mano !
Si le impongo el capillo, el halcón nunca yerra,
¡ y con su presa vuelve, triunfalmente, a la tierra !...
De las artes gentílicas el uso no olvidé,
y del laúd las cuerdas templar y pulsar sé ;
conozco los secretos de las Cortes de amor,
y sé cantar amores igual que un trovador...
En justas de poesía tuve más de un trofeo ;
y al verme correr lanzas, justando, en el torneo,
ya a la usanza morisca o a la guisa cristiana,
dejó caer su guante más de una castellana !...

RENATO (Sin poder contenerse.)

¡ Soportar ya no puedo tanta soberbia !... ¡ Calla,
que si te pongo a prueba, y la prueba te falla !...

FERNANDO (Con soberbio ademán.)

¡ Pedid cuánto queráis !... ¡ Os acepto por juez !...
¡ Lo mismo esgrimo el hierro que juego al ajedrez !

(Reparando en el juego que hay sobre la mesa y señalándole con
la mano.)

RENATO (Dirigiéndose a Yolanda.)

¡ Ya que este mozalbeta tanto se vanagloria,
dale una lección, hija !...

FERNANDO (A Renato.) Si obtengo la victoria,
¿ qué don habéis de darme para premiar mi suer-

RENATO [te?...

La mano de mi hija.

FERNANDO ¿ Y si pierdo?

RENATO (Llevándole aparte, y en voz baja.) ¡ La muerte !...

FERNANDO (Con gozo.)

¡ Soñar con una oferta más bella no he podido !...

RENATO

¿ Aceptas?

FERNANDO ¡ Sí !... (Con firmeza.)

RENATO (Amenazante.) ¡ Si pierdes !...

FERNANDO (Encogiéndose de hombros.)

¡ Señor, habré perdido !...

¡ Si pierdo, no me oiréis quejarme o maldecir ;
que, si ignoro la vida, he aprendido a morir !...

RENATO (Volviéndose a Yolanda.)

Empice el juego, hija... (Los dos se aprestan a jugar.)

FERNANDO (Reparando en la presencia de Renato.)

¡ Perdonad un momento !...

Un juego tal, requiere al jugador atento...

El conde de Frombone junto al fuego os espera...

Recordad los encantos de vuestra primavera,
mientras jugamos solos...

OLIVIERO (Desde, la chimenea, donde ha permanecido calentándose.)

¡ Tiene razón Fernando !...

RENATO (Acercándose a su amigo.)

Pues bien : voy a dejarles con su suerte jugando !

(Se sienta al fuego.)

OLIVIERO (En voz baja, señalando a Fernando.)

Fuiste con él severo...

RENATO

¿ Mucho ?

OLIVIERO

¡ No !... ¡ Es tan altivo,

que a veces sus palabras merecen correctivo !...

¡ Mas, es noble, Renato, tener fe en el futuro !...

¡ Vivir sin desengaños es conservarse puro !...

¡ Como en sus negros ojos brilla la vida plena
bajo la sombra oscura de su fosca melena !...

¡ Yo le vi combatiendo ; y es tan bravo y leal,
que por él siento un vivo orgullo paternal !...

¡ Me recuerdan sus ímpetus mi juventud bravía !...

(Pequeña pausa.)

RENATO (Mirando al paje, y como hablando consigo mismo.)

¡ Con qué heroica firmeza la muerte desafía !

OLIVIERO

¿ En qué piensas ?

RENATO

En nada...

OLIVIERO

Mas, si en tus ojos leo...

RENATO

Quisiera que venciese...

OLIVIERO

¡ Perdona ; no te creo !

Le das tu hija...

RENATO

¡ Es cierto !... (Herido de súbito.)

OLIVIERO

¡ Teniendo tal laurel,

será, en verdad, milagro que no triunfe el don-

¿ Qué te dará si pierde ?...

[cel !...

RENATO ¡ Nada !... No hay pacto... ¡ Nada !...

OLIVIERO

¿Y olvidarás, Renato, la palabra empeñada?...

(Continúan conversando quedamente.)

YOLANDA

Estás mudo y no juegas... ¿Qué te pasa, Fer-

FERNANDO

[nando?

¡ En tus divinos ojos me estaba contemplando !

YOLANDA (Después de una jugada.)

¡ Entro en tus filas como un lobo en un redil !

Ya has perdido una torre, y me llevo el afil
si en su auxilio no corres y lo entras en tu banda...

Cuida los malos pasos...

FERNANDO

¡ Gracias, bella Yolanda !...

¡ Pensaba en tantas cosas lejanas que he perdido,
que a su recuerdo, ahora, de pena he enmudeci-

[do !...

En el juego ni un solo paso me atrevo a dar...

YOLANDA

¿Quieres tu puesto, paje, por mi puesto trocar?

FERNANDO

No. ¡ Prosigue tu suerte, y déjame la mía !...

YOLANDA

¿Y si encuentras obstáculos que intercepten tu
[vía?...

¡ Qué cabeza !... ¿No has visto que has cometido
[un fallo?...

¡ Al afil le doy muerte y desarmo al caballo !...

FERNANDO (Prendiendo el caballo.)

¡ No dejaré prenderlo ! ¡ Lo acepto como un don !

YOLANDA (Sonriente.)

¡ Si seré afortunada, que una interpretación
falsa me ha dado un triunfo !...

RENATO (Aproximándose.) ¿Cómo va la partida?...

FERNANDO

Yo pierdo...

RENATO

¿Sí?... ¡ Fernando, dala ya por concluida !...

Fué un juego sólo el juego, y broma el apostar...

FERNANDO

¡ Con vos, noble señor, no se debe jugar !...

He dado mi palabra, y a ella me remito...

RENATO

Pierdes ; tú lo dijiste...

FERNANDO

¡ Mas, vencido, no admito gracia alguna ; y prosigo, porque quiero, señor, reclamar tu palabra, si salgo vencedor !

RENATO

Pues, bien ; sigue tu suerte, paje...

FERNANDO

¡ Seguir la intento ; y, dada una palabra, señor, no me arrepiento !...

RENATO

(Se aleja, y después retorna.)

Eres joven, valiente y leal... Sentiría una desgracia tuya como si fuese mía...

Atiende a mis razones y humaniza tu brío ;

yo te lo ruego como si fueras hijo mío...

Es tiempo ; retrocede... Sabes lo que te espera...

¡ Ayúdame, Yolanda !...

YOLANDA

Yo, padre, bien quisiera ;

mas temo que desoiga mi voz... ¡ Aún no he venido y recobrar aun puede el terreno perdido !... [cido,

RENATO

Te ciega tu orgullosa vanidad de vencer...

Mas, tú ignoras, Yolanda, lo que pierde al perder !

FERNANDO

(Interrumpiéndole.)

¡ Todo ha de ser inútil !... ¡ Ni vos, conde, ni ella, me arrancarán del juego !...

RENATO

¡ Te dejo con tu estrella !

(Renato vuelve junto a Fombrone y se pone a conversar con él, en voz baja, mientras Yolanda y Fernando juegan durante algunos instantes en silencio.)

YOLANDA

(Alzando la cabeza y mirándole fijamente.)

Dí, ¿ qué dijo mi padre que pierdes si perdías ?

¿ Qué pierdes tú ?...

FERNANDO

¿ Yo ?... ¡ Nada !... Son locas fantasías !

YOLANDA

Al hablar, parecióme que estaba preocupado, y tú le interrumpiste tan pálido y turbado !...

¿ Qué pierdes tú si pierdes ?... Dime...

FERNANDO

¡ Nada importante !...

YOLANDA

¡ Mi padre más te teme vencido que triunfante !...

¡ Yo no sé por qué estoy medrosa y afligida !...

FERNANDO

¡Bella Yolanda, alégrate : perderé la partida !...

YOLANDA

(Pequeña pausa.)

¿Qué presagios te abruman?... ¿En qué piensas,

FERNANDO

[Fernando?

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando !...

YOLANDA

Palidece tu rostro... ¿Por qué?... ¿Quizá la herida te duele?...

FERNANDO

¡No, Yolanda !... ¡Cómo es bella la vida !...

YOLANDA

(Pequeña pausa.)

¿Está, dime, Fernando, tu país muy distante?...

FERNANDO

Yo nací donde el aire es suave y fragante ;
en una tierra llena de cánticos y flores,
donde junto a las musas sonríen los amores ;
donde en el mar se espejan pálidos olivares,
y en las colinas crecen naranjos y palmares ;
donde todo es perfume, y el Señor poner quiso
todas las maravillas que encierra el Paraíso...
Allí espuman las brisas del sonante Océano...
Mas, mi país, Yolanda, se encuentra tan lejano !

YOLANDA

Dime, ¿allí, las mujeres serán bellas y amantes?

FERNANDO

¡Pronto al amor se rinden ; pero son inconstantes !
Bajo aquel sol, fulgente de llamas, fueron hechos
para el beso sus labios, para el amor sus pechos !...
Mas, yo, hijo de su fuego, y crecido entre flores
que embriagan y deslumbran con sus vivos fulgo-
amo los suaves pétalos de misterioso porte [res,
y las blancas corolas de los cielos del Norte...
Y una trenza de oro, y un ojo azul, y una
blancura melancólica, hecha de nieve y luna,
encienden mis deseos y exaltan mi ternura
más que una tez morena y una pupila oscura !...
¡Azules son mis cielos, y azules son los montes
que engarzan sus turquesas en áureos horizon-

(Pequeña pausa.) [tes !...

¡Qué bella eres, Yolanda !...

YOLANDA

(Ansiosamente.) ¡Sigue !... ¡Te quiero oír !...

FERNANDO

Dime, ¿has pensado, acaso, que se pueda morir antes de haber probado la embriaguez del amor; antes que el alma entera se abra como una flor, y apure, entre las rosas de una boca florida, toda la miel que encierra el panal de la vida?...

YOLANDA

¡Oh, no !...

FERNANDO

¡Tener mis manos entre tus manos presas, y sentir que me miras, y sentir que me besas !...

¡Un instante en tus brazos tan sólo pido a Dios, y que venga la muerte !...

YOLANDA (Como ebria de felicidad.)

¡Moriremos los dos !...

FERNANDO (Contemplándola extasiado.)

¡Qué suaves cabellos !...

YOLANDA

¿Por qué hablas de la muerte, como si te dolieras, ahora, de tu suerte?...

FERNANDO

¡Qué dulce es tu sonrisa !...

YOLANDA

¿Por qué, por qué, Fernando, me miras tristemente?...

FERNANDO

¡Es que estaba formando castillos imposibles que tú por tierra tiras !...

Juguemos... ¡Soñé un sueño de oro !...

YOLANDA

¿Por qué suspiras?...

FERNANDO

¡Suspiro por mis sueños y mis tierras lejanas !

YOLANDA

¡Y quizás por los ojos de hermosas castellanas !...

FERNANDO (Indicándole el juego.)

Ahora eres tú quien pierde...

YOLANDA

Me avisas con premura, como si tu victoria te causase amargura !...

FERNANDO

¡No sabes cuántas cosas me juego en la partida !

¿Ignoras que si pierdo he perdido la vida?...

¿No sabes que eres bella, como no lo es ninguna ; que amo tus áureas trenzas y tu frente de luna ;

que sólo tengo mía la sangre de mis venas,

y que si no me amas me acabarán las penas?...

YOLANDA

Y tú, ciego, ¿no miras que por gozar me afano
las embriagueces de este deliquio sobrehumano?

(Se quedan silenciosos un instante.)

OLIVIERO (A Renato, señalando a Fernando.)

Mírale: con la mano los bucles se despeina...

RENATO (En voz alta.)

¿Cómo va la partida?...

FERNANDO (Sonriente.) ¡Le he matado la Reina!

YOLANDA

Escúchame, Fernando. Esta es la vez primera
que una voz amorosa mi corazón altera.

¡Cuánto, paje, ha soñado mi corazón amante
con tus nobles acentos y tu viril semblante!...

¡Cuántas veces, en esta morada solitaria,
en lugar del monótono ritmo de la plegaria,
murmuraba confusos y febriles reproches,
pidiendo al cielo un rayo de luz para mis noches!...

¡Si tú supieras cómo tras de las vidrieras
soñando con tu arribo, pasé tardes enteras!...

¡Si un niño entre los brazos de su madre veía;
si de un nupcial cortejo las músicas oía,

envidiando su suerte, mis vestidos miraba,
y me hallaba más pobre que una mísera esclava!...

¡En mi pecho sentía como un vacío arcano,
y en el paterno afecto me refugiaba en vano!...

¡Los más nobles barones mi mano mendigaron,
y a todos, con hastío, mis labios rechazaron!

¡Llegaste tú, Fernando, bello, fuerte y cortés,
y al mirarte, a mi alma alguien gritó:—¡Este es!

FERNANDO

Mas tu mano, Yolanda, mano blanca y sutil,
al dársela a este paje ¿no se tendrá por vil?

YOLANDA

Lo que el destino ha unido, nada habrá que des-
[truya...

¡Dos avances, Fernando, y la victoria es tuya!...

RENATO (En alta voz, a los jugadores.)

¿Cómo andamos?...

YOLANDA ¡Tu hija, su ingenio en vano agota,
temiendo la deshonra de su primer derrota!...

RENATO

¿Perdiste?...

YOLANDA Todavía... Mas perderé...

RENATO

Fernando,

escúchame... Suspende... Yo deliraba, cuando te reté... Mi castillo más fuerte, la parcela más rica; elige: es tuya... Pero, por Dios, cancela este pacto imposible... Yo te haré noble y rico... ¡Mi palabra devuélveme!... ¡Como un padre, su-

FERNANDO

[plico!...

Señor, a tanta oferta, una respuesta fija...

¡Tengo vuestra palabra, y adoro a vuestra hija!

RENATO

Será tuya, si quieres... ¡Pero piensa—y perdona si te ofendo—que ella rechazó una corona ducal, que es cuanto queda de su antiguo linaje, y quizás más de un príncipe ha de envidiar al paje!

(Fernando vacila, mas Yolanda le insta a seguir jugando.)

YOLANDA

Sigue jugando...

RENATO (A Fernando.) Un día podrás ser poderoso, mas hoy...

YOLANDA (A Fernando, en voz baja.)

¡Avanza un paso y el triunfo no es dudoso!

RENATO

Eres joven y pobre... ¡Oye, Fernando, ahora apenas si despierta de tu vida la aurora!...

Yolanda es bella y rica, de orgullosa raiz; y dudo que con ella llegues a ser feliz...

(Mientras Fernando vacila, Yolanda, a hurtadillas, tomándole dulcemente la mano, le hace avanzar sobre el tablero y ganar la partida.)

YOLANDA (A su padre.)

Lo hecho está hecho. Tarde tu consejo ha venido... Tu palabra empeñaste...

RENATO

¿Qué dices?...

YOLANDA (Levantándose. Todos hacen lo mismo.)

¡Que he perdido!

OLIVIERO (Abrazando a Fernando.)

¡Fernando, en buena hora a esta torre vinimos!

YOLANDA (A su padre.)

¡Me ofreciste un esposo, y los dos lo elegimos!

RENATO (Reprendiéndola.)

¿No sientes la derrota?...

YOLANDA

El dolor pronto pasa,
que es triunfo de familia y todo queda en casa!

(Abraza a su padre y le da su mano a Fernando.)

RENATO (A Fernando.)

¡Ya que Dios te ha negado un nombre, te confío
si lo juzgas honrado y digno, el nombre mío!

(Fernando se inclina e intenta hablar; pero Renato le contiene
con un gesto.)

Que a mis consejos seas obediente te exijo...

¡Y doy gracias al cielo porque me dió tal hijo!

(Fernando, después de haberse arrodillado a los pies de Renato,
para recibir su bendición, se alza y volviéndose hacia Yolanda,
la mira un instante, sin atreverse a hablar.)

YOLANDA

Me miras y enmudeces... ¿Qué te pasa, Fernando?

FERNANDO

¡En tus divinos ojos me estaba contemplando!...

TELÓN LENTO

FIN DE LA LEYENDA



Precio: DOS pesetas